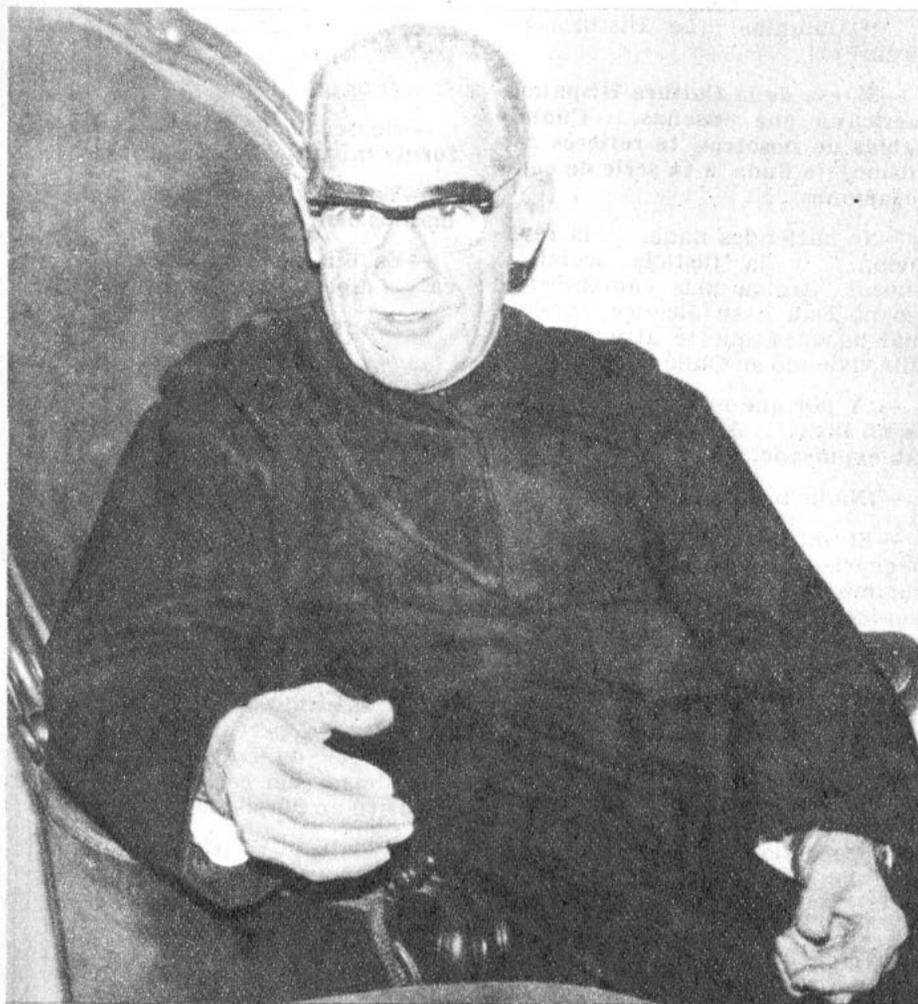


# Padre Osvaldo Lira

## Amigo de Platón, pero más amigo de la verdad



**N**O es simple describir la sensación que le invade a uno al estar frente a un hombre que vimos en estado de coma, al borde de la muerte, en una agonía implacable, y que hoy está allí, muy erguido, con su lucidez de siempre, con un vozarrón que da miedo y ese temperamento suyo tan apasionado, vehemente, a la vez que humano y sumamente afectuoso.

No es menos difícil proyectar la imagen del erudito, sesudo y brillante maestro de filosofía, o del sacerdote que ha hecho de la docencia un apostolado, cuando se le ha conocido más allá de las aulas, en gestos de increíble ternura

con un niño, de contagiosa alegría ante lo impredecible, o de indisi-mulado placer frente a un postre de chocolate o cualquier golosina que le pusieran por delante (¡y de pronto la diabetes, con un 6,5 de glicemia, que estuvo a punto de arrancarlo de esta vida!). Hoy lleva en su corazón un marcapaso; en el alma, la quietud de quien ha estado al borde del Más Allá, y en su mente, la certidumbre de que la verdad no se transa a ningún precio.

Y quizás haya sido justamente esta convicción tan profunda, esta pasión sin límites por ser portador de la Razón Divina, la que ha lle-

vado al padre Osvaldo Lira —sacerdote de los Sagrados Corazones, conocido tomista, profesor de ontología, teología natural y teoría del conocimiento en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica, y recientemente distinguido con el título de Doctor Honoris Causa en la UC de Valparaíso— a ser el blanco de quienes sólo aceptan la mediocridad, las verdades dichas a medias, las componendas y las transacciones.

Probablemente haya faltado en más de una oportunidad a la prudencia, y él lo reconoce, pero hoy día —luego de recorrer un largo tramo de la vida, no precisamente sembrado de rosas, sino de duros peñascos, que lo han herido hondamente— conviene en aceptar que, aun cuando jamás debe traicionarse la verdad a la cual se ha adherido en conciencia, a veces más vale callar... para no herir la susceptibilidad de quienes resienten la valentía y el espíritu de lucha.

El acata y obedece a la autoridad, discrepa, pero no se rebela, y tiene como meta hacer de su sacerdocio un apostolado permanente, cimentado en la oración (y en el Sacrificio de la Cruz que renueva diariamente) y en un ascético comportamiento ante la vida. Fueron sus progenitores —a través del ejemplo y la enseñanza de la sana doctrina— quienes plasmaron en él una sólida fe cristiana, que derivó en una clara vocación religiosa cuando sólo tenía quince años de edad (y cursaba 5.º año de humanidades).

Pero, a juicio de sus padres, ese muchacho —que siempre fue el primer alumno de su curso en el colegio de los Padres Franceses— debía ingresar a la Universidad, con el fin de madurar aún más su decisión de consagrarse a Cristo. Fue así como estudió un año de Ingeniería y otro de Derecho, donde tuvo como profesor a don Roberto Peragallo ("uno de los hombres que más influyeron intelectualmente en mí"). A los 18 años ingresa a la Congregación de los

Sagrados Corazones, en la cual no siempre se ha sentido identificación con todas sus tendencias y manifestaciones.

Con una memoria privilegiada, recuerda los acontecimientos de su vida con una cantidad lujosa de detalles: año, fecha exacta, hora, santoral del día... Nos deja boquiabiertos con bastante frecuencia, especialmente cuando describe aquellas escenas del terremoto de agosto de 1906 —cuando sólo tenía 12 años de edad!—, en la habitación de su abuela, cuyos muros estaban empapelados color rosa con flores blancas, en aquella casona de tres patios, en la esquina de Amunátegui y Compañía.

Fueron, justamente, doña Josefa Carrera y don Ramón Lira los que apadrinarían la Iglesia en Valparaíso, en la que 50 años más tarde, su nieto se ordenaba sacerdote. Aficionado a la genealogía, sabe apreciar concienzudamente la tradición que le legaran sus antepasados, como asimismo los dones otorgados gratuitamente por Dios. No conoce la falsa modestia, y asegura que "para agradecerle al Altísimo lo que se tiene, hay que comenzar por reconocer que se tiene".

Su incuestionable inteligencia, su pasión por el estudio y su carácter impetuoso y entusiasta lo convirtieron —desde que se iniciara como profesor de apologética, filosofía, liturgia e Historia de la Iglesia, en el colegio y en el escolasticado de la congregación— en un verdadero maestro, que se ganaba fácilmente la voluntad y el aprecio de sus alumnos, aunque, en algunas ocasiones, la animadversión de sus superiores. Entonces debió partir a España, y el saldo de 12 años allá lo define como sigue: "Allí me encontré a mí mismo, y pasé —sin hostilidades— los mejores años de mi vida".

Vuelve a Valparaíso, donde dicta clases en las escuelas de Derecho y Filosofía, para luego integrarse, en 1957 a la U. Católica, donde permanece hasta el día de hoy. Este sacerdote, instrumento de Dios en la conversión de muchos hombres, tiene a su haber siete libros publicados, entre los cuales están "Nostalgia de Vásquez de Mella", "Poesía y mística en J. Ramón Jiménez", "Ortega en su espíritu" y "El misterio de la poesía" (cuyo 2.º volumen está pronto a aparecer).

● Se dice por ahí que usted es un hombre peligroso. ¿Qué justificación le encuentra a tal juicio?

—A esta pregunta podría responder de muchísimas maneras, algunas de las cuales no pueden ver la luz pública, por razones fáciles de comprender. Desde luego, hay que tomar en cuenta el proverbio español de que **cuando uno no quiere, dos no pelean**. Con este refrán queda en realidad contestada virtualmente la pregunta. Sin embargo, especificando algo más la cuestión, podría decirle que existen en mí, no diré que algunas cualidades, pero sí algunas circunstancias o posturas que han contribuido fundamentalmente a esta situación. La primera consiste en cierta vehemencia de carácter, que me ha impulsado muchas veces a la agresividad, e incluso a la violencia, lo cual —es decir, las dos consecuencias que le acabo de apuntar— está muy mal, por cuya razón he tratado desde hace largo tiempo, hoy más que antes, de corregirme, con resultados no del todo halagüeños. La segunda, que los chilenos, o más bien todos los hombres —pero en especial mis compatriotas—, se disgustan cuando se les dice la verdad. Y yo creo a estas alturas, es decir, ya en el atardecer de mi vida, que en otro tiempo tuve mayor preocupación por la necesidad de decir la verdad que por la prudencia de decir-la sólo cuando es oportuno. Ahora que también creo —y no para disculparme, sino para dejar simplemente las cosas en su sitio— que muchísimas de las personas que han tenido ocasión de tratar conmigo han sentido mayor preocupación por eso que llaman **prudencia** —y que no es sino el disfraz nominal de otra actitud muy distinta que no quiero nombrar— que por la verdad pura y simple (tal vez porque a ésta no la conocen...).

● ¿Y ha coincidido acaso este cambio en usted con el mal que le aquejara violentamente hace poco tiempo?

—Claro que sí. Desde que hace casi tres años estuve a las puertas de la muerte debido a un coma diabético, cuyas consecuencias sufro todavía y las sufriré hasta el fin de mi vida, bajo la forma de una inyección diaria de insulina y de un régimen alimenticio estricto, he comenzado a mirar las cosas bajo otro prisma, que, desde luego, ha resultado, como no po-

dría menos de serlo, altamente benéfico para mí. Eso sí que le digo que, de ninguna manera, podré concluir con los recelos de que he sido objeto a lo largo de mi vida, porque los rastros de actitudes pasadas, de ellos y mías, siempre quedan. Pero, en fin, uno no debe abominar de las circunstancias, por desagradables que nos resulten en el orden de la sensibilidad y de nuestras inclinaciones demasiado naturales, porque es de ellas de las cuales se vale Dios para irnos despegando de este mundo, para ir conformándonos a las exigencias de su Voluntad, que es, en definitiva, irnos conformando con El.

● ¿Podría decirnos qué significó para usted, en todo sentido, su permanencia de doce años en España?

—Lo primero que le puedo decir es que esos años fueron decisivos en mi vida, por varias razones. En primer lugar, porque allí pude encontrarme conmigo mismo. En segundo lugar, porque los españoles, al pan, lo llaman pan, y al vino, vino. Por último, porque han sido, tal vez, los únicos años de mi vida en que prácticamente no fui nunca objeto de recelos. La falsa prudencia es una pseudovirtud muy poco conocida en España, y la razón de esta afirmación mía está a la vista, y consiste en que, entre los defectos de los españoles, no figura la cobardía. Pues bien, le he dicho que allí pude encontrarme conmigo mismo, ya que fue donde me sentí verdaderamente estimulado, por primera vez en mi vida, para estudiar y para escribir. Allí incitan a una y otra cosa el ambiente y las sollicitaciones expresas. Cuántas veces me encontraba con amigos míos que me pedían colaboraciones para las revistas que ellos dirigían. Recuerdo con particular complacencia en este sentido, entre muchos otros, a Alfredo Sánchez Bella, Joaquín de Entrambasaguas, Luis Rosales, José Camón Aznar, José María Pemán, Antonio de Zubiarre, Fernando María Castiella. Allí fue donde pude asistir a innumerables conciertos gracias a la munificencia de Antonio Las Heras —actual comisario de música en España— y de María Victoria Eiroa, que entonces era directora del Servicio Exterior de la Falange Femenina. Allí, donde pude trabar amistad con músicos, escritores, pintores, arquitectos, escultores.



*En Madrid, con el príncipe de Starhenberg  
y Juan Carlos Ossandón.*

todos ellos jóvenes (entonces lo era yo también...): Allí, en fin, donde todo lo que veía y todo lo que oía me traía enseñanzas profundas, porque fue en España donde tomaron forma concreta, consistencia, muchas preocupaciones que yo había tenido en mis años preespañoles y que nadie me las había sabido contestar, sino que, al contrario, si las tomaban en cuenta, era para reírse de ellas. Por eso puedo confesarle que España me dio lo que nunca pude encontrar en Chile y que ahora tampoco sigo encontrando, que es una exacta y profunda jerarquía de valores: la dignidad fundamental de la persona humana, la vitalidad y omnipresencia de lo católico y lo sobrenatural, el carácter subordinado y subalterno del dinero y otras muchas cosas que no es la ocasión de enumerar.

● **¿No cree que va a haber muchos heridos después de estas confesiones suyas?**

—En realidad, no sé si está bien o mal que yo haya experimentado estas situaciones interiores o espirituales. Yo creo que está bien en virtud del proverbio de que **amigo de Platón, pero más amigo de la verdad**. En todo caso, estoy seguro de que está bien que lo diga porque es la verdad. Sé que esta respuesta va a indignar a más de alguien; pero ¡qué le vamos a hacer! Ya me he acostumbrado a remar contra la corriente, y usted comprenderá que no voy a desteñir a estas alturas de mi vida. Y por la misma significación que ha tenido para todo el resto de mi vida mi permanencia en España, es por lo que me he alegrado de todo corazón al poder ver cómo el actual gobierno chileno ha establecido relaciones tan cordialmente estrechas con España. Es la primera vez que un gobierno nuestro —por lo menos después de muchísimos años— busca las raíces de nuestra nacionalidad.

● **Usted ha dicho que el ser sacerdote es más fuerte que el ser profesor. Tratando de amalgamar ambas vivencias, ¿cómo caracterizaría al maestro cristiano?**

—Desde luego le voy a reemplazar el término **cristiano** por el de **católico**, puesto que el catolicismo es la única versión perfectamente adecuada del cristianismo (lo cual no me lleva de ninguna manera a dudar de la calidad religiosa de los cristianos no católicos; porque eso, además de ser una intromisión indebida en conciencias ajenas, me haría faltar al precepto de Cristo: **No juzguéis y no seréis juzgados**). Y luego trataré de responderle lo más brevemente que pueda, aunque la pregunta que usted me dirige, como dicen en España, **se las trae**. Yo creo que un maestro católico debe juzgar **en católico** todas las cuestiones. Tal vez usted me objete que no debe mezclarse la religión con los demás sectores de la vida, y yo le contestaré que tiene razón. Evidentemente no debe mezclarse la religión con los demás problemas de la vida, pero es que el catolicismo no es sólo, ni siquiera predominantemente, una **religión**, sino una **vida**. Y es evidente que si no debe mezclarse la religión con los demás problemas de la vida, no lo es menos que esa misma vida debe no sólo mezclarse con los demás problemas que ella misma nos ofrece y nos plantea, sino que debe estar inclusive en la raíz misma de todos ellos. Como que son solamente meras proyecciones de ella. Así queda en claro mi respuesta (por lo menos, así lo espero). El maestro católico debe juzgarlo todo **en católico**, por lo mismo que debe juzgarlo todo **humanamente**, o, por mejor decir, para mantener el paralelismo, en **humano**. ¿O es que estoy diciendo un disparate? En consecuencia, para mí, que soy sacerdote no sólo por llevar sotana, sino por mi modo de pensar y de enfocar los problemas todos, de cualquier orden que sean, esto no constituye ningún obstáculo para afrontarlos con desinterés y objetividad, aun cuando los mentecatos y los petimetres imberbes crean lo contrario. Ni unos ni otros me han preocupado mayormente, como no sea para ponerles las peras a cuarto, disculpando la vulgaridad de la expresión... Para mí, y no sólo para mí, sino para todo el que

tenga una exacta noción de las cosas, el ser católico constituye la mejor y más perfecta manera de ser objetivo. Si a alguien le disgusta lo que estoy diciendo, lo siento por él. El se lo pierde...

● **A propósito de sotana...**, usted debe ser uno de los pocos sacerdotes que en Chile aún siguen usándola...

—Le diré por qué la llevo. En primer lugar, porque no veo ningún motivo para sacármela. Tal vez pueda usted objetarme, en sus funciones de "abogado del diablo", que el hábito no hace al monje... ¡Indudable!, y no pienso en negárselo; pero, a mi vez, le contestaré que lo defiende. Y si me trae el caso de tantos sacerdotes que la han dejado —entre los cuales se cuentan muchos que son amigos míos—, le volveré a contestar que allá ellos y aquí yo. ¿Comprende? Le añadiré todavía algo que no deja de tener su importancia: que muchos me han preguntado lo mismo que usted —se entiende que muchos sacerdotes, a los cuales jamás yo les había dirigido semejante pregunta—, y que esos tales se autodenominan partidarios de la democracia y de la libre expresión de los propios pensamien-

tos... Es decir, que yo, calificado frecuentísimamente de intransigente, inquisitorial, totalitario y Dios sabe cuántas cosas más, no me preocupaba (por lo menos exteriormente) de los motivos que los llevaban a despojarse de la clásica indumentaria talar; mientras que ellos, demócratas (¡sic!), partidarios del libre juego de las instituciones (le advierto que estoy hablando seriamente, aunque no lo parezca), se preocupaban de este cura carcamal que quiere que lo dejen en libertad para seguir usando una vestidura que ya lleva casi 53 años, a partir del 18 de junio de 1923, día en que tomé el hábito en Viña del Mar. Y entonces yo le pregunto, seguro de lo que me va a responder: ¿de qué lado está la verdadera libertad, de pensamiento y de todo lo demás que sea legítimo...?

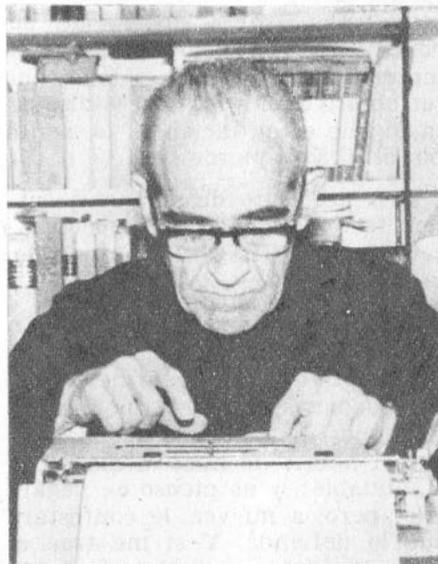
● **Ya que menciona el término legítimo...**, usted debe haber sido también uno de los pocos sacerdotes que inmediatamente después del 11 de septiembre admitieron la legitimidad de la Junta de Gobierno, ¿no es así?

—Los motivos que tengo para no solamente admitirla, sino también para fundamentarla, y, en consecuencia, para adherirme a los actuales gobernantes de Chile con toda mi alma, son los mismos que puede encontrar en cualquier tratado de ética política, de esa gran POLITICA que preconizaron Aristóteles y Santo Tomás, y que consiste en conducir a los pueblos al **bien común**, con toda la profundidad y la grandeza que implica la noción de bien común. Comprenderá que no voy a darle una clase de política doctrinal —en la cual podemos y debemos meternos los sacerdotes—, sino darle una breve respuesta en la cual quede contenido mi pensamiento. La Junta de Gobierno es legítima por dos motivos. Primero, porque se originó de un movimiento absolutamente legítimo y necesario, como lo fue el pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973. Y es evidente que **lo que se origina en algo que es legítimo, tiene legitimidad de origen**. Esto es una verdad de Perogrullo, aunque es cierto que Perogrullo, uno de los filósofos más extraordinarios que ha habido en el mundo, resulta prácticamente un desconocido. La segunda



*Los santos que más han influido en su vida: Santo Tomás, San Agustín, San Pablo, San Juan y Santa Teresa de Jesús.*

razón consiste en que esta Junta de Gobierno está rigiendo al país con vistas al bien común, del que le acabo de hablar, lo cual equivale a decir que posee la legitimidad de ejercicio de que habla Santo Tomás, y que es la que justifica toda autoridad, aun cuando no hubiera tenido la de origen. Como ve, los motivos de mi adhesión inquebrantable al actual Gobierno están muy lejos de ser sentimentales, aunque mi condición de intransigente, inquisitorial y antilibertario me hace ser partidario dedidido de los regimenes fuertes. Estoy convencido de que hoy día, debido a una absoluta imprecisión de pensamiento —que es lo que nos trae por la calle de la Amargura en materia de nociones y conceptos—, se confunde la autoridad con la tiranía, a la cual llaman **dictadura**.



*"Porque si tratara de obedecer a los hombres, no sería acepto a Dios" (San Pablo).*

## ALGUNOS PENSAMIENTOS DE OSVALDO LIRA

- En mí, el sacerdote es más fuerte que el profesor.
- Es indudable que me siento solo, pero, gracias a Dios, no le temo a la soledad.
- Hasta hace poco no me había dado cuenta de que la prudencia es a veces más importante que decir la verdad.
- Sé que resulto terriblemente molesto para la mayoría de la gente, pero no puedo dejar de ser yo mismo.
- Alguien me aseguraba que Dios me había dado inteligencia para muchas cosas, menos para saber callarme.
- Creo haber ido cambiando mi carácter poco a poco, ya que mi naturaleza es muy ingrata, pero la Misa que celebro diariamente ha ido influyendo...
- Nunca he herido a nadie voluntariamente. Soy ingenuo, y he tardado en comprender que muy poca gente acepta que le digan la verdad.
- Hay que saber distinguir entre el beato y el católico: el primero es el que reza lo que cree; el segundo, es el que, además de rezar, **vive** lo que cree, o al menos trata de vivirlo, ya que a veces la naturaleza es débil.
- ¿Que si he cambiado después de estar al borde de la muerte? Desde luego. Hoy revivo, releo, y repienso, junto con ir perdiendo esa curiosidad que tenía antes por las cosas...

Es que no saben, los muy ignorantés, que la primera dictadura que hubo en el mundo, que fue la romana, era una magistratura perfectamente constitucional. Hay algunos que creen que hay que elegir entre democracia y dictadura, como se elige entre el sexo masculino y el femenino. No. Lo que llaman hoy día democracia no es más que una caricatura grotesca e impúdica de la democracia verdadera, de la medieval, de la orgánica, de esa que llevaba al gran San Luis a administrar justicia directa bajo la sombra de la encina de Vincennes, de la que impulsaba a los Reyes Católicos a constituir la Santa Hermandad, milicia apoyada en los democráticos y gloriosísimos municipios españoles, para contener y dominar los desafueros de los nobles levantiscos que querían prolongar los días nefastos de Enrique IV. Y ésa es la democracia que está propugnando, o más bien perfilando, esa Junta de Gobierno que nos rige, compuesta de caballeros y hombres de bien, dotados de una abnegación a toda prueba y de una honestidad que ningún espíritu recto puede poner en duda, y a la cual debemos nuestra adhesión natural y sobrenatural, apoyándola con esfuerzos y con nuestras oraciones para que Dios los siga iluminando y asistiendo en su gestión difícilísima. No olvidemos que adherirnos a un gobierno le-

gítimo es puro y simple patriotismo, y que el patriotismo, como nos lo dice una vez más Santo Tomás, es una versión auténtica de la virtud teologal de la caridad.

## ● ¿Qué lo hizo adherir intelectualmente a Santo Tomás por sobre todos los filósofos?

—Esta pregunta me la dirigieron hace algunos días en una entrevista que me hizo "El Mercurio", pero trataré de expresarla nuevamente hoy. Para ser desesperadamente y exasperadamente tomista tengo dos razones muy poderosas. La primera, de autoridad, y consiste en que la Santa Sede en muchas ocasiones —León XIII, San Pío X, Pío XI, Pío XII— ha ordenado categóricamente que se enseñe obligatoriamente a Santo Tomás en los escolasticados de órdenes y congregaciones religiosas, así como en los seminarios y universidades católicas. Lo que pasa es que muchísimas veces, a las órdenes de Roma se les da la llamada por respuesta, cuando no se ponen oídos de mercader, como dicen en España. Por eso yo, que entre mis numerosísimos defectos no tengo el de la heterodoxia ni tampoco el de la desobediencia (aunque las apariencias pudieran decir lo contrario), soy decididamente y confesadamente tomista. Tengo además otra razón, esta vez de orden intrínseco, y es que el tomismo me ha dado respuesta cumplida a todos los problemas que pueden surgirle a una persona humana en el curso de su vida. Agréguele, si quiere, una tercera, y es que el tomista es el único filósofo —digámoslo así, petulantemente— que no necesita dejar de ser tomista en su vida práctica, y aún más, el único filósofo que tiene que seguir siendo prácticamente tomista si quiere seguir figurando como persona humana, racional y libre. Para cerciorarse de lo que le digo, le aconsejo que le pregunte a un kantiano que conversa con alguien si cree sinceramente que su interlocutor no es más que una forma sintética a priori suya... Yo creo que la filosofía no es una simple pirueta intelectual —la peor especie de pirueta que pueda existir— ni mucho menos una payasada.

Rosario Guzmán E.